



Opinión

La enrevesada senectud del Libertador



Marco Aurelio Reyes Coca
 Historiador

Cuando el científico francés Claudio Gay, contratado por el Gobierno chileno para escribir la “Historia física y política de Chile (1810-1873), visito el Perú (1839) para entrevistar al Libertador Bernardo O’Higgins Riquelme que frisaba los 61 años de edad, lo encontré en un envejecimiento prematuro, a modo de una fotografía que descubría los signos de la senectud tras su agitada e intrincada existencia. Seguramente ese rostro avejentado y espalda curva vivía los serios trastornos de su complejo edipiano por el fallecimiento de su madre Isabel, ese mismo año. “He perdido hasta la memoria”, declaraba con honda tristeza el Padre de la Patria.

O’Higgins vivía su inquietante ostracismo desde 1823 y se acercaba vertiginosamente al final de su trágico destino. Ni aún en esos momentos podía vivir plácidamente.

Había vivido en suelos extraños en más de la mitad de su vida, padeciendo el injurioso baldón de ser huacho por una sociedad hipócrita; infancia y adolescencia en soledad; pobreza en Europa, despojado de la mesada enviada por el padre ausente y lejano por el albacea Nicolás de la Cruz y los relojeros ingleses Spencer y

Perkins, seguramente judíos conversos. Tampoco sintió el amor verdadero como todo varón, tan solo flirteos con la joven adolescente Carlota Eals. Ella murió con la foto de Bernardo en el relicario. Luego una madurez tallada a golpes, riqueza heredada del padre, más el apellido, que se le escurre entre los dedos en la Patria Vieja.

Luego los agravios clasistas a su gestión de Director Supremo por la oligarquía de la “Larrainada” (los ochocientos), que movía los hilos de la comedia política, más el estigma de convivir con una mujer casada”, Rosario Puga, una sensual pelirroja penquista que le deja un hijo ilegítimo (Demetrio). Sus amores reconstruyen su propio desnaturalizado destino.

Con 43 años a cuestas debe emprender el desairoso camino al exilio para vivir en el Perú, su patria adoptiva. Era su tercer viaje al país del norte (en su adolescencia y en 1803 para hacerse cargo de la herencia paterna). Perú le reconoce su participación en la Independencia. Recibe las haciendas Montalván y Curibá en el valle Serrano de Cañete y su casa limeña de Espaderos N° 9.

Los años en el exilio se hacen lentos, apacibles por la hospitalidad peruana, pero siempre atento, en esa holgura de

agricultor azucarero, a la salud de su amada madre, y a una serie de juicios iniciados en Chile contra su primo Tomás O’Higgins por propiedades de Don Ambrosio en la Isla Quiriquina y otros impulsados por el abogado Carlos Rodríguez, por el asesinato de Manuel Rodríguez. Otro golpe artero es la Guerra de Chile contra la confederación Perú-Boliviana, que lo incomoda como residente en Lima y por su espíritu Americanista.

El General Bulnes lleva el ofrecimiento de su retorno a la Patria, lo cual nunca se consumó. Un momento de desagravio fue el 17 de septiembre de 1839, cuando la Segunda División del Ejército chileno se presenta en su hogar con las 3 bandas militares, entonando el himno nacional, escoltándolo hasta el Palacio Pizarro para brindar con Bulnes por las “Glorias Antiguas y Modernas de Chile”.

En octubre de 1842, llega su trágico final, en medio del delirio de sus momentos postreros, teniendo en la cabecera a sus médicos Young y Mclean, exclamando: “Ahora sí doctor que nos embarcamos”. Es el final de la vida de nuestro Libertador, que fue así descrito por el inglés John Miers, que servía en la Armada de Chile: “Sí alguna vez existió algún patriota y hombre honesto, ese fue O’Higgins” (1826).